

VI

EL PLAN DE ACCIÓN CONJUNTA PARA LA REACTIVACIÓN AGROPECUARIA DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (PLANALC)

Por
MARTÍN PIÑEIRO (*)

I. INTRODUCCIÓN

LOS eventos que están ocurriendo en el escenario internacional evidencian la existencia de cambios drásticos de orden estructural en las relaciones políticas y económicas. En un intento por caracterizar este nuevo contexto podría señalarse la desideologización de las políticas, la globalización de los mercados financieros, la creciente competitividad en los mercados comerciales, la consolidación de la dinámica de bloques, entre otros aspectos.

En un primer balance para América Latina y el Caribe (ALC) sobre el efecto de esos cambios que comenzaron a gestarse al promediar la década que acaba de concluir, cabría interpretar que el saldo de dichas transformaciones no ha sido positivo por cuanto ha significado una menor gravitación de la región dentro del contexto mundial. En esto quizá ha contribuido el modelo de desarrollo seguido durante las décadas de los sesenta y setenta, caracterizado por su escasa flexibilidad para ir permitiendo las necesarias readecuaciones al nuevo contexto. Esta circunstancia se tradujo en un gradual aislamiento de los países de la región al nuevo contexto.

(*) Director General del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA).
— Revista de Estudios Agro-Sociales. Núm. 152 (abril-junio 1990).

Sumado al aislamiento, desde el punto de vista económico, la región se ha visto doblemente perjudicada durante la última década a consecuencia de la irrupción del problema de la deuda externa y de la caída en los precios de los principales productos agrícolas en el comercio mundial, fenómeno que acentuó el progresivo deterioro en los términos del intercambio.

El mensaje para ALC emergente de este nuevo marco global conlleva la necesidad de poner fin a los aislamientos y emprender la búsqueda de una nueva forma de inserción en el contexto internacional, más dinámica y efectiva, a fin de capitalizar las oportunidades que se perciben en ese escenario.

La otra alternativa para la región, reducida a un rol pasivo de simple espectadora y a quedar expuesta a recibir únicamente los perjuicios del nuevo orden económico y político, afortunadamente parece haber sido deshechada por la mayoría de los países de la región.

La pregunta sobre la cual es necesario detenernos a reflexionar, está vinculada a los caminos que debería recorrer ALC para alcanzar un nuevo nivel de protagonismo en el contexto mundial.

Al interior de los países parece conveniente proseguir con los procesos de ajuste en la medida que no sean concebidos como un fin en sí mismo y, al mismo tiempo, permitan crear las condiciones de estabilidad necesaria para retomar la senda de crecimiento. Esta parecería ser la manera más lógica y racional de contribuir a fortalecer los regímenes democráticos que prevalecen en la región.

Si bien hoy subsiste en la región una fuerte discusión política en torno a la naturaleza, profundidad y ritmo de estas reformas estructurales, ya nadie discute la importancia del ajuste que debe estar orientado en última instancia a lograr una mayor articulación e inserción con los profundos cambios en la economía y en el mercado mundial.

Otro de los caminos que debería recorrer ALC es el de la intensificación de los procesos de integración a nivel subregional y regional sobre bases más pragmáticas que las planteadas en décadas anteriores, y en donde el principal argumento debe ser la necesidad de generar economías de escala para mejorar el nivel de interlocución ante el mundo desarrollado.

Los avances registrados recientemente en Centroamérica a partir de la reunión de Antigua y los progresos en el Cono Sur con los protocolos de integración suscritos entre Argentina, Brasil y Uruguay señalan una nueva corriente integradora en el continente que podría

potenciarse a partir del Plan Iniciativa para las Américas, recientemente, anunciado por el Presidente George Bush.

Este Plan introduce como factor innovador la triangulación entre comercio, deuda externa e integración lo cual abre favorables perspectivas para una aceleración en el emprendimiento de acciones conjuntas entre los países del continente. En este área, la cooperación técnica tiene un nuevo papel a cumplir como facilitador del proceso, de las necesarias reformas institucionales que a nivel sectorial es necesario emprender.

Entre los aspectos destacables de este plan que puede ser considerado como una evolución natural de los planes Baker y Brady, es el reconocimiento del carácter político de la deuda regional y su estrecha vinculación con el problema comercial. Si en el origen de la crisis que afecta a la región se identifica a la relación deuda-comercio, en la búsqueda a su solución debería reproducirse esta asociación.

A nivel del sector agropecuario se identifica otro de los caminos que debe transitar ALC. Aquí, es necesario consolidar una nueva visión estratégica, que deje de lado el papel secundario desempeñado en períodos anteriores y, por el contrario, emprender las acciones necesarias para que el agro se convierta en un eje dinámico de acumulación que contribuya efectivamente a promover a la reactivación de los países de la región.

Esta nueva visión de la agricultura moderna, tecnificada con fuertes relaciones intra e intersectoriales y que al mismo tiempo sea sensible al problema de la equidad y a los recursos naturales, está claramente reflejada en el Plan de Acción Conjunta para la Reactivación de la Agricultura en América Latina y el Caribe, aprobada por los ministros de agricultura de la región hace poco más de un año.

La Quinta Reunión Ordinaria de la Junta Interamericana de Agricultura fue el marco propicio para definir esa voluntad de cambio de los ministros de agricultura sobre la base de la identificación de un nuevo papel para la agricultura que operativamente se sustenta en la ejecución de acciones conjuntas.

Los pilares que sustentan esta nueva visión son fundamentalmente, la modernización productiva e institucional del sector, el cual no debe ser visto como un sector restringido a la producción de productos primarios, sino por el contrario, la de un sector con fuertes encadenamientos con la industria proveedora de insumos y servicios. Pero esta visión de la modernización no puede tampoco estar limita-

da a la agricultura empresarial y debe procurar ser incluyente, beneficiando así a los estratos de pequeños productores que en las actuales circunstancias, por problemas de organización y excesivo centralismo en el poder, no hallan los canales adecuados de expresión para legitimar sus necesidades. Finalmente, una nueva dimensión, de tipo intertemporal, está ligada con la conservación de los recursos naturales para las generaciones futuras.

Sobre este último aspecto, la preocupación en torno de promover un desarrollo agrícola sostenido tropieza con la realidad de la crisis que afecta a la región y que dificulta la posibilidad de pensar y actuar coordinadamente. La pobreza económicas de ALC contrasta con su riqueza ecológica en general y genética en particular. Podría afirmarse que a partir del panorama diametralmente opuesto que se visualiza en este enfoque con los países industrializados, debería tener que hallarse las bases para una posición consensual en torno a este problema.

Además del aporte que desde un punto conceptual se explicita en el Plan sobre el nuevo rol de la agricultura, otro de sus rasgos característicos es el fuerte apoyo que desde la cooperación se pretende dar a los procesos de integración mediante la formulación y ejecución de una cartera de programas y proyectos, todos ellos multinacionales, en áreas que son vitales para el desarrollo equilibrado de la región. Tal es el caso de armonización de políticas, consolidación y creación de redes tecnológicas, políticas diferenciadas para el desarrollo rural, diversificación de exportaciones y fortalecimiento de acciones en materia fito y zoosanitaria.

Todas estas propuestas regionales son monitoreadas en lo que a su ejecución concierne a través de los foros sectoriales apropiados que existen en cada una de las cuatro áreas en que desde el punto de vista operacional se divide el Plan.

Por último, es nuestra percepción que los eventos que están caracterizando un nuevo escenario internacional, confirman la necesidad de profundizar las acciones aprobadas por los ministros de agricultura en torno al PLANALC que están básicamente vinculadas a un cambio en la visión estratégica para el sector y la contribución para apuntalar los procesos de integración.